

## ASÍ ES *LA VIDA*, DE ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

ANTONIO A. GÓMEZ YEBRA  
*Universidad de Málaga*

### RESUMEN:

La poesía de Eloy Sánchez Rosillo es analizada en este trabajo a lo largo de su trayectoria y, especialmente, a través de su libro *La vida*, en cuyas páginas se descubre al escritor que se siente poeta y para el que escribir poesía no es una obligación diaria, no es un oficio en el que se debe cumplir un horario.

### PALABRAS CLAVE:

Poesía española, Eloy Sánchez Rosillo, Poética, elegía, celebración, literatura española siglo XX, literatura española siglo XXI.

### ABSTRACT:

The trajectory of Eloy Sánchez Rosillo's poetry is analysed in this paper. Special consideration is dedicated to his book *La vida*, which reflects the author who feels himself as a poet and the writing of poetry not as a daily obligation. It is not a job where the poet needs to comply with a schedule.

### KEYWORDS:

Spanish poetry, Eloy Sánchez Rosillo, Poetics, elegy, celebration, Spanish Literature of the 20<sup>th</sup> century, Spanish Literature of the 21<sup>st</sup> century.

La poesía de Sánchez Rosillo que nació para sí mismo (siempre escribe para sí) en un momento lejano de la adolescencia, y que empezó a llegar a los demás tras haber obtenido el prestigioso premio Adonais en 1977 con su libro *Maneras de estar solo*, publicado un año después<sup>1</sup>, ha ido creciendo hasta configurar un *corpus* de contrastada calidad.

Desde entonces, a su ritmo, siempre lento, porque no se preocupa de escribir mucho, sino solamente aquello que le proporciona una inspiración de la que es ferviente defensor, ha ido dando a la luz editorial *Páginas de un diario* (B., El Bardo, 1981), *Elegías* (M., Trieste, 1984), y *Autorretratos* (B., Península, 1989), libros reunidos, con el primero, en *Las cosas como fueron*<sup>2</sup> (Comares –Granada– “La Veleta”, 1992, 1995).

<sup>1</sup> Madrid, Rialp, 1978.

<sup>2</sup> Hay edición posterior, revisada, que añade *La vida* y “seis poemas para un nuevo libro (1998-2003)” en B., Tusquets, 2004.

Tras esa recopilación, se editó su libro *La vida* (B., Tusquets, 1996), que ha dado tanto que hablar, y que muchos críticos consideran en buena medida la reafirmación de Sánchez Rosillo en sus posicionamientos poéticos anteriores tanto como en los temas más frecuentados.

Ocho años después dio a la luz editorial *La certeza*<sup>3</sup>, donde aborda los mismos asuntos poéticos, aunque se perciben motivos para la esperanza, un deseo de renacer. Quizás por eso, algunos críticos ven en esta obra un momento de cambio, el comienzo de una fase, una evolución, el inicio de otra etapa poética.

Con todo, un mal juez poético –esa categoría de crítico tan abundante– podría considerarlo como un reincidente, como un hombre prisionero de sus propias formas, de sus propios fantasmas, de sus propias limitaciones, como un poeta incapaz de evolucionar.

Por su parte, Álvaro García, cuando ha hablado del poeta-profesor, ha dicho que los libros espaciados en la obra de Sánchez Rosillo anterior a *La certeza*, son todos de un mismo momento de emoción y de reflexión.

Nada que alegar en contra de quien, como Eloy Sánchez Rosillo, se plantea el hecho poético desde un mismo posicionamiento, y nada que oponer al de mantenerse firme a la hora de elegir los temas sobre los que hablar. Porque, a fin de cuentas, el hombre es un ser de hábitos, de costumbres, y en este mundo se cuentan con los dedos de una mano los temas sobre los que merece la pena detenerse para reflexionar –poéticamente o no, pero con seriedad–, sobre ellos.

Los temas fundamentales, los reiterativos de su obra, son, entre otros –y cito a F.J. Díez de Revenga– “la naturaleza, la ciudad, el mundo antiguo, la vivencia de la creación artística, los momentos eternos de la vida: el amor, la muerte... la creación de la vida, las relaciones vitales primarias: el padre, el hijo...”, esto es: los que tienen a la vida como referente, y ésta –la vida– sabemos, no es otra cosa que la historia del rápido tránsito *nacimiento* → *muerte*.

De ahí que Sánchez Rosillo se plantee de continuo un tema barroco por excelencia: la fugacidad del tiempo; que a Quevedo y otros contemporáneos llevó a la conclusión definitiva: somos polvo, por muy enamorado que ese polvo se sienta en ocasiones; y estamos destinados a la desaparición total.

Este tema primordial de su poesía última había hecho aparición en los primeros libros de E. Sánchez Rosillo, pero es en *La vida* donde se hace carne y espíritu del libro, ya en el primer poema: “Desde aquí”, un texto a modo de manifiesto público de intenciones. Un poema largo y denso, escrito en endecasílabos y alejandrinos

---

<sup>3</sup> E. Sánchez Rosillo, *La certeza*, B., Tusquets, 2004.

muy encabalgados que le dan ese aire de continuidad, de esforzado avance sin retroceso posible que conviene al asunto que lo ocupa:

El antes es después,  
lo que pasó no ha sido, lo que aún  
ha de venir acaso está ocurriendo<sup>4</sup>.

“Desde aquí” presenta al poeta asentado en el mundo, en un momento de reflexión profunda, un momento en que se produce el hecho poético, en un presente continuo, de irreversible avance hacia el después. Ante él se manifiestan el presente, el pasado y el futuro. No es una especie de ensueño al estilo de Dickens en *Cuento de Navidad*, pero sí una visión mágica del tiempo: los tres momentos son el mismo tiempo sincrónico. Los tres tiempos se implican y se explican. El pasado es –o puede ser al mismo tiempo– futuro. El poeta se convierte en un prestidigitador del tiempo, al que hace acudir a su sombrero de copa mediante un conjuro.

El poeta es vasallo y dueño irracional de algo tan poco racional como es el tiempo. Plantado ante el mundo, siente el flujo del tiempo, crea y recrea la existencia. La propia, desde luego, pero ésta, lo sabemos, está retratando la de cada uno de nosotros, como sucede en la poesía de tantos poetas de ayer y de hoy, desde Quevedo hasta el más joven poeta aún inédito. Porque el poeta, cuando se analiza, cuando poetiza sobre sí o sobre el mundo, está proporcionando las claves –y otorgo al término “claves” todos sus matices, como hace Valle al titular su producción literaria como *Claves líricas*–, las posibilidades de la existencia humana en general.

Porque esa existencia propia es también una existencia ajena. Porque la distancia que marcan los años y el devenir histórico hacen que el poeta contemple el niño que fue como una entidad distinta, muy lejana de su existencia actual. El niño, el joven que fue –se repite en otros poemas–, es alguien distinto del hombre que se siente como tal en este instante concreto de la Historia.

En el fondo, el poeta se plantea la posibilidad de que el niño que fue permanezca en él como si fuera el duramen de un árbol al que se le han ido añadiendo cortezas sucesivas, capas superpuestas.

Ya lo sugería en el “Retrato del poeta adolescente” de *Páginas de un diario*:

---

<sup>4</sup> E. Sánchez Rosillo, *La vida*, B., Tusquets, 1996, pág. 11.

CUÁNTO tiempo ha pasado, cuántas cosas  
que has vivido olvidaste. Pero aún puedes,  
si miras hacia atrás, ver a lo lejos  
a aquel muchacho apenas parecido  
al hombre que ahora eres<sup>5</sup>

La parte interior del tronco –el duramen– continúa viva, incluso virgen todavía, pero las capas superpuestas, las añadidas, son tantas, que al poeta le cuesta reconocer, en esa zona más íntima y primera, el niño que fue.

No es imposible reconocerse en lo más íntimo y lejano, pero esa entidad primaria, aquel niño travieso y juguetón que lleva dentro, le parece también distinto de sí, ajeno. Aquel niño, tantos años después, es una esencia distinta, “un extraño [que] me habita” –señala Rosillo–; es otro hombre.

Así, Eloy Sánchez Rosillo se plantea qué queda de aquel yo infantil, de aquel ser primigenio, en su yo de adulto, en su yo contemporáneo.

La vuelta al pasado no se puede producir si no es merced a un juego de espejos: contemplar la propia infancia en el hijo que recrea los propios años primerizos cuando juega o cuando ríe, cuando con el padre rueda abrazado por el suelo en un juego que recuerda a Salinas o a Guillén en disposición similar un siglo atrás:

Un niño está sentado sobre esa alfombra, juega  
con sus juguetes; grita y hace palmas  
al contemplar la innumerable tropa  
de fieros monigotes que ha dispuesto  
ante sí en formación de combate<sup>6</sup>.

Un problema ontológico: el ser humano cambia de continuo, evoluciona lenta pero inexorablemente. Y guarda, en el baúl de las esencias secretas y discretas, la de su realidad real. Una esencia que, de no analizarla, de relegarla al olvido, se convierte en irreal, y termina no existiendo. Como las mansiones antiguas que sus viejos amos han ido abandonando hasta que llega un momento en el cual sólo quedan en pie unas vigas-madres, unos cimientos enterrados, unos muros desvencijados. Nada se parece a lo que fue, aunque en esencia la casa sea la misma.

Y sólo el poeta es capaz de restaurar y dar nueva vida a la propia morada, aunque sus ojos nuevos no reconozcan ya el pasado tal como fue. La vuelta atrás es sólo

---

<sup>5</sup> E. Sánchez Rosillo, *Las cosas como fueron*, B., Tusquets, 2004, pág. 131.

<sup>6</sup> E. Sánchez Rosillo, *La vida*, cit., pág. 13.

posible merced a la actividad de la memoria, pero ésta, espejo infiel, siempre incompleto, no puede fotografiar a color lo que fue un pasado que ha ido derivando al sepia o, cuando mucho, al blanco y negro.

De ahí que el poeta dude a la hora de las reviviscencias: no puede distinguir con certeza absoluta entre lo vivido y lo soñado. Pero tampoco lo inquieta en demasía semejante distinción: él propone tal posibilidad como una situación más de su vida, de “la vida” del hombre preocupado por permanecer consciente, por no relegar al olvido su yo intrahistórico, acogándose únicamente al yo histórico, como hacen la mayoría de los hombres.

Al poeta sí le preocupa el paso del tiempo sobre el ser humano, como se advierte en el poema “La tregua”. En él admite que somos lo que éramos en cuanto a lo accesorio, a gestos y maneras; pero que, llegados a la edad adulta, hemos perdido el impulso de la edad joven: un vacío llena el corazón y se produce la angustia vital. Ya no quedan nuevos caminos por andar, o nos ha alcanzado el cansancio, o es tarde para hacerlo, o hemos perdido el impulso febril y juvenil que nos impulsaba a ponernos en marcha y avanzar para lograr nuevas metas.

El hombre que ha dejado atrás su juventud todavía es capaz de descubrir la belleza que lo rodea, la alegría ajena, la música, pero ha pasado de sujeto activo a sujeto pasivo: “Somos tristes espectadores [...] y no sabemos hallar una salida: damos vueltas y vueltas / en torno a nuestra angustia, porque hay algo en nosotros / que se niega a partir y nos impide / encontrar el camino”<sup>7</sup>.

Sólo la vuelta atrás, el insistente ejercicio de la memoria salva de la suprema melancolía, que es otro de sus grandes temas.

Hasta el punto de que esa melancolía lo invita a considerarse una especie de muerto viviente, y que todo el tiempo posterior a la juventud es una especie de prórroga en el partido de esa vida que tiene los minutos previamente establecidos y definitivamente contados:

Soy un muerto que alienta. Sí, la vida  
dura en verdad bien poco. Es un fulgor  
muy intenso que cesa de repente  
cuando acaban los años juveniles.  
Después, en apariencia, el existir  
prosigue. Pero no, no es ya la vida  
lo que está sucediéndonos, y somos  
en esa nada póstumos testigos  
de un simulacro triste<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> *Id.*, pág. 22.

<sup>8</sup> “Recanati, 1829”, *Id.*, pág. 26.

El poeta vuelve de continuo a su infancia y a su adolescencia para recuperar el tiempo huido, y con él, el amor; los amores.

La vida, al ser un tránsito tan rápido, tan efímero (*daremos lo non venido por pasado*, decía Jorge Manrique, y “Principio y fin habitan en el mismo relámpago” –afirma Sánchez Rosillo– puede ser catalogada como una gran mentira. Cierto que el poeta ama esta mentira –la vida– sobre todas las cosas, y por ello le gustaría asirla con las manos para poder disfrutarla plena, conscientemente y de un modo perdurable, pero está convencido de que eso es imposible.

Y sabe, además, que por mucho que intentemos aprender a vivir la vida, jamás llegaremos a disfrutarla del todo, ni llegaremos a conocernos enteramente a nosotros mismos, meta que bien pudiera darse como buena si la alcanzáramos al final de nuestros días. Para colmo, como manifiesta en “Sobre la experiencia”, “la vida nos deja al final del trayecto / con los ojos cerrados en brazos de la muerte”<sup>9</sup>.

Pero para él se ha producido, como he dicho, antes del momento final que supone la muerte física, un instante definitivo, una especie de pre-muerte: cuando concluyen los años juveniles.

La pérdida de la juventud –que el poeta considera a estas alturas de su vida ya irremediable– supone perder el presente y el futuro. Sólo queda, desde entonces, acceder a aquel tiempo y espacio edénicos por medio del recuerdo; de esa manera se puede, en cierto sentido, “recuperar la antigua llamarada”.

Esa antigua llamarada es uno de los aspectos de la luz, que en Eloy Sánchez Rosillo va siempre cargada de connotaciones poéticas.

Así, en *La vida*, se considera a la luz como un elemento salvador. Puede llegar sobre el hombre en cualquier momento de su historia personal, en cualquier lugar y estación del año, en la juventud y en la vejez, en un momento de relax o en uno de estrés, cuando la tristeza o el cansancio se hayan adueñado de su espíritu.

La llegada de esa luz salvadora, salvífica, cambia poderosamente a la persona. Es una luz semejante a la que deslumbró a Saulo cuando iba con cartas de recomendación para tomar prisioneros a los cristianos de Damasco. También como aquella, pero en sentido laico, esta luz proporciona una visión, y aproxima a un estado que es el de los días de la infancia que cantó Machado, el estado edénico.

Esa luz que el poeta percibe en cualquier situación, incluso en un mal momento de su vida diaria, es también un milagro, aunque lo sea apenas durante un instante muy breve, aunque después todo vuelva a ser tan prosaico como era antes. Tras reci-

---

<sup>9</sup> “Sobre la experiencia”, pág. 52.

bir su benéfico influjo, el poeta se siente conforme, limpio, feliz, salvado, lleno de gratitud, exultante de gozo.

Recrea, Sánchez Rosillo, con esa imagen, una situación muy similar a la que había vivido Juan Ramón Jiménez camino del Mar del Plata, en 1948, cuando el impacto creador, el aliento de la inspiración, era tan fuerte que casi se hacía presencia, y que lo invitaba, en el extremo opuesto –y los extremos se tocan– de San Juan de la Cruz, bien lejos de la noche oscura del alma, a utilizar la misma imagen de la luz:

En la mañana oscura,  
una luz que no sé de dónde viene,  
que no se ve venir, que se ve ser  
fuente total, invade lo completo<sup>10</sup>

Para Sánchez Rosillo, la luz verdadera, la que no se apaga nunca es una luz metafórica, y responde a tres espacios lumínicos: el de la infancia, con sus aguas transparentes; el de la juventud, con las situaciones de vértigo e intensidad; y el del amor, que puede ser el emitido hacia los seres amados, y el recibido de ellos:

A lo lejos aún veo  
la quietud sin origen de la infancia,  
sus aguas transparentes;  
la fascinante intensidad y el vértigo  
que fue la juventud;  
los días y las noches del amor; la sonrisa  
y el gesto y la palabra  
de los seres que amé y que me quisieron<sup>11</sup>

La vida que lo ha ido invitando a olvidar los sinsabores y los malos ratos, le ha dejado, por fortuna, en “Al mirar hacia atrás” –obsérvese la espléndida sinestesia– “toda la luz que respiré”<sup>12</sup>.

Como no podía ser de otra manera, la luz es la inspiración, una luz que el poeta no sabe de dónde viene, a no ser de esa luna –Rosillo es uno de los poetas que más han recurrido a la Luna como elemento poético– que ejerce la función de testigo, pero testigo mudo.

---

<sup>10</sup> J. R. Jiménez, *Lírica de una Atlántida*, B., Círculo de Lectores/Galaxia, 1999, pág. 284.

<sup>11</sup> “Al mirar hacia atrás”, *La vida*, pág. 44.

<sup>12</sup> *Id.*, pág. 43.

La luz de la inspiración, que el poeta desea intensamente y lo aproxima a las cosas del mundo, es una luz redentora, una claridad que salva por dentro y proporciona libertad y consuelo.

Cada vez que amanece –cada vez que llega la inspiración– hay un mundo empezando, una nueva creación, se produce un nuevo primer día de la humanidad.

Por eso, la mirada amorosa, candorosa, de una muchacha, ofrece también esa luz inocente, ese manantial de luz primigenia, incontaminada; por eso una muchacha enamorada es asimismo una fuente de inspiración.

La luz puede, incluso, salvar momentáneamente la sensación de vacío y soledad que acomete al hombre que ha alcanzado la edad madura, el gran problema, en el fondo, del ser humano, descubierto ya en el *Génesis*. Porque una mancha –he aquí una bella expresión paradójica– muy intensa de luz crepuscular, puede significar la salvación momentánea, el retraso del punto y final. La luz rezagada del sol actúa ante el poeta como un “remanso efímero / de sol a punto ya de marchitarse”<sup>13</sup>.

Pero, por supuesto, la luz también sirve como elemento simbólico de contraste: luz/vida, oscuridad/muerte. En el poema “En mitad de la noche”, donde relata las trágicas horas que sucedieron a la muerte de su padre<sup>14</sup>, aunque la casa está inusualmente llena de luz cuando se despierta en mitad de la noche (“Y había mucha luz en la casa”), parece como si el periodo de oscuridad se hubiese detenido conformando un espacio de negror y un tiempo excesivamente lento:

La casa fue llenándose  
poco a poco de gente. Familiares y amigos  
daban con su presencia lugar a repetidas  
escenas de dolor. La noche no avanzaba.  
Parecía que nunca iba a llegar la aurora<sup>15</sup>.

La poesía de Sánchez Rosillo –en especial la última– presenta a un poeta muy hecho, muy adulto, porque ha dejado atrás la juventud, y porque ha ido estilizando

---

<sup>13</sup> “En el atardecer”, *La vida*, pág. 70.

<sup>14</sup> Obsérvese la similitud entre la muerte del padre de Eloy Sánchez Rosillo con la del padre de Juan Ramón Jiménez, también ocurrida en mitad de la noche. Ambas marcarían profundamente la trayectoria vital y artística de sus hijos poetas. Rubén Darío llegó a escribir a Juan Ramón un poema para darle ánimos: “Jiménez, triste Jiménez, / no llores; el mundo es alegre, / la vida es hiriente”. Sánchez Rosillo tuvo que conformarse con rumiarse su dolor de niño de siete años que no entendía por qué y cómo su padre se había transformado de repente en un cadáver.

<sup>15</sup> *Id.*, pág. 38.

su verso, afilando –o afinando– su expresión hasta cantar sólo lo más profundo de los seres, de su propia naturaleza de viviente momentáneo, de viviente prófugo.

Avanza el decurso temporal, y Sánchez Rosillo, que ama la luz, que ama la vida, advierte y delata el proceso: el tiempo acosa, su avance es oscuro pero irreversible, se trata de un perro cuyos dientes jamás sueltan la presa obtenida en el momento mismo del nacimiento: estamos condenados de antemano –afirma el poeta–, el tiempo nos vencerá.

Mientras la vida tiene un comienzo, una escasísima duración, y un final drástico; la muerte –contrapunto letal de la vida– tiene principio, pero no tiene fin. Así parece proponerlo en el poema “Inscripción”, que ejerce a modo de epitafio casi al final del libro:

Sólo un montón de huesos y un poco de ceniza  
es todo lo que queda de mí bajo esta piedra.  
La vida fue muy corta; la muerte no termina:  
siempre está comenzando una vez que comienza<sup>16</sup>.

Bien diferente el tratamiento del tema vida/muerte con el que propone el bachiller Sansón Carrasco en el epitafio de Don Quijote, donde señala que “la muerte no triunfó de su vida con su muerte”.

En Eloy Sánchez Rosillo la victoria de la muerte es absoluta, no permite la vuelta atrás. Cuando advierte en el último poema del libro que “los días / que vendrán ya vinieron”, está recordando unos versos que ya hemos visto antes<sup>17</sup>, en el primer poema del libro, pero, sin duda, basándose en un par de célebres sonetos de Quevedo. El primer terceto de “Representase la brevedad de lo que se vive y cuán nada parece lo que se vivió” del autor barroco propone la misma idea:

Ayer se fue; mañana no ha llegado;  
hoy se está yendo sin parar un punto:  
soy un fue y un será, y un es cansado.

Igual de clara resulta en “Signifícase la propia brevedad de la vida, sin pensar, y con padecer, salteada de la muerte”, cuyo primer terceto reza así:

---

<sup>16</sup> *Id.*, pág. 79.

<sup>17</sup> “El antes es después, / lo que pasó no ha sido, lo que aún / ha de venir acaso está ocurriendo”, “Desde aquí”, *La vida*, pág. 11.

Ya no es ayer; mañana no ha llegado;  
hoy pasa, y es, y fue, con movimiento  
que a la muerte me lleva despeñado.<sup>18</sup>

Sin embargo, pese a este sentido negativo que transmite la continuada reflexión sobre la fugacidad de la vida, el *tempus fugit*, la obra de Rosillo no resulta especialmente triste. Porque aunque está impregnada de una suave melancolía, no se advierte la pérdida de la vida como una tragedia. El poeta acoge sus límites como un hecho consumado, sin rencor. Probablemente porque el poeta es quien trasciende el mundo, del que en un momento determinado se adueña; y porque la poesía ejerce el papel de consoladora tanto como de redentora. O tal vez porque, en el fondo, aunque sabe que sus días están contados, confía en que éstos se prolonguen, y siente que el ejercicio de la poesía lo salva, aunque sólo sea circunstancial o episódicamente, de la dentellada definitiva del tiempo.

Cierto que también sabe que la muerte puede ser una solución, que la muerte se convierte a veces en una amiga que libera de los sinsabores, de las angustias, del suplicio de una vida que discurre o que se cierra entre terribles sufrimientos. Por eso la considera como una liberación en el poema “Una fotografía”. En él recuerda al gran compositor Donizetti, padeciendo los horribles dolores que lo llevarían a la locura, y señalando que en la foto que de él contempla

Sólo unos meses faltan para que al fin la muerte  
lo libre del tormento de vivir de este modo<sup>19</sup>.

Por otra parte, el poeta, que es lector y estudioso de la poesía, usa continua y sabiamente sus lecturas. Si en el fondo del libro habita Quevedo, en otros momentos late la voz de Fray Luis de León, se oye claramente a San Juan de la Cruz (“A oscuras caminamos”<sup>20</sup>), o se advierte la experiencia de Garcilaso de la Vega en alguno de sus versos. No puede haber ningún tipo de duda de que al escribir “Cuando miran / mis ojos hacia atrás y considero / los ya no pocos años que he vivido, / ninguna oscuridad viene a negarme / la dicha que la vida tuvo a bien concederme”, está basándose en el soneto primero del gran poeta toledano:

---

<sup>18</sup> F. de Quevedo, *Obra Poética*, I, ed. de J. M. Blecua, M., Castalia, 1999, pág. 150.

<sup>19</sup> *La vida*, pág. 65.

<sup>20</sup> *Id.*, pág. 52.

Cuando me paro a contemplar mi estado,  
y a ver los pasos por do me ha traído,  
hallo, según por do anduve perdido,  
que a mayor mal pudiera haber llegado;<sup>21</sup>

Pero las lecturas invitan también a la recreación poética. Sánchez Rosillo se introduce en la piel de Paris, el raptor de Helena, y, volviendo los ojos a Homero, propone un monólogo dramático, “Paris y Helena”, sobre la experiencia del amor, un amor tan grande que salta todas las barreras y exculpa y disculpa la traición que dio pie a las numerosas muertes que su acto produjo, y al desprecio y el odio de muchos, aqueos y troyanos:

No, yo sé que no es nuestra la culpa; quisieron los  
dioses  
que este amor y esta guerra ocurrieran<sup>22</sup>.

Es una forma de homenajear al amor, siempre dispuesto a superar cualquier barrera, por muy infranqueable que parezca, y es una manera también de buscar justificación a los hechos, tantas veces irresponsables, de los jóvenes: “Sucede así siempre: no tarda / el amor en ser dueño de quienes desean servirle”<sup>23</sup>.

El amor, por supuesto, está en varios momentos del libro. Un amor a veces adolescente, el de unas primeras citas, pero también un amor que pasa por periodos de urgencia erótica y de dicha hasta su desaparición (“ya no te necesito, / ni tú me necesitas”<sup>24</sup>).

Pero las lecturas, que llevan al poeta –como llevó en su momento a Jorge Guillén– a Recanati, la patria de Leopardi, o a Roma (“El verano que viene quiero volver a Italia”<sup>25</sup>) o a tantos lugares del mundo, invitan a múltiples consideraciones sobre el pasado, sobre el presente, sobre el porvenir.

El poeta es lector empedernido, y se inició, como él mismo ha señalado, con los cuentos de Grimm y de Andersen para pasar a las obras de Julio Verne, Edgar Allan Poe y Ágatha Christie. No faltarían a la cita Stendhal, Machado, los poetas del 27,

---

<sup>21</sup> Garcilaso de la Vega, *Poesía castellana completa*, ed. de Consuelo Burell, M., Cátedra, 1976, pág. 179.

<sup>22</sup> *La vida.*, pág. 48.

<sup>23</sup> *Id.*, pág. 46.

<sup>24</sup> *Id.*, pág. 49.

<sup>25</sup> *Id.*, pág. 81.

y tantos y tantos otros, desde Homero, el *Ramayana* y el *Mahabharata* hasta nuestros días.

Pero la lectura, aunque muchas veces es lección, no proporciona las claves de la propia poesía. Las lecturas, y eso lo aborda también en *La vida*, no enseñan a escribir. El proceso lector es previo al creador, e indispensable, pero el poeta necesita algo más; ha de efectuar su propio salto sobre la nada para expresarse con una voz diferente. Tal vez necesite un impacto muy fuerte, como el de Saulo, para descubrirse y encontrarse como poeta:

Toqué entonces el mundo: lo hice mío, fue mío.  
Han pasado los años.  
Ahora ya sólo soy  
el que recuerda, el que vivió, el que escribe<sup>26</sup>.

Incluso las lecturas pueden estorbar al proceso creativo, como señala en “La siesta”:

Intentas  
leer, pero no hay modo, y abandonas  
muy pronto el libro. Piensas  
no sé en qué (...)  
La memoria  
guardará todas estas  
horas de oro fugaz, sencillas horas  
tuyas de adolescencia.  
Algún día dirás tales historias,  
tan lejanas, tan viejas.  
y escribirás con mano melancólica  
este mismo poema<sup>27</sup>.

El poeta, parece señalar en este fragmento, se ve obligado a atesorar impresiones de un instante fugaz durante mucho tiempo, hasta el momento justo en que deben nacer como un poema.

Se trata, pues, de una gestación –y en esto parece discípulo de Bécquer– que puede durar años, y que es inútil intentar abreviar. Por eso el poeta es una especie de portador de la poesía, una clase de madre de alquiler, o en todo caso, como él muy bien afirma, el poeta es “el hilo conductor de la poesía, un colaborador necesario

---

<sup>26</sup> “Hoy”, *id.*, pág. 57.

<sup>27</sup> *La vida*, pág. 56.

para que la poesía se haga poema, un cierto poema concreto, y para que éste llegue a ser como él quiere ser<sup>28</sup>.

Lo cierto es que no siempre el poeta está seguro de haber acertado con lo que tenía que decir. Si cada día que pasa sabemos menos de nosotros mismos (“Somos incertidumbre. A oscuras caminamos”<sup>29</sup>), también dudamos sobre lo que escribimos. Y a veces los poemas quieren salir a la luz, pero no es posible: hay como una mano invisible que ejerce de muro de contención para detener la mano que escribe.

El poeta se enfrenta con la página en blanco y se queda, como ella, en blanco, inerte, y culpabilizándose por no haber dado más de sí:

La nada que desdice  
mis viejas ilusiones, la fe que me sostuvo,  
mi ser frente a la muerte<sup>30</sup>.

Pero en esos momentos el poeta no puede hacer más. Y quizás no deba hacer más. Forzar la Musa sólo sirve para hacerle concebir un hijo no deseado, y, por tanto, un hijo no amado de antemano. Sánchez Rosillo lo expresa muy bien cuando dice: “Sin embargo, muchas veces, a pesar de la buena voluntad del poeta y de sus fervorosos anhelos, el poema fracasa, porque lo que oímos cuando lo estamos escribiendo no es la verdadera poesía, sino otra cosa, un error, un error de más o menos quilates, pero no un verdadero poema. La auténtica poesía visita muy infrecuentemente al poeta a lo largo de su vida”<sup>31</sup>.

El fracaso que se produce tantas veces al encarar el hecho poético no siempre invita a los poetas a desistir en el tozudo empeño de producir poesía. Sánchez Rosillo no es de esa suerte de poeta. Bien al contrario, cuando comprende que la inspiración no llega a su casa, abandona esperando tiempos mejores. Porque para él, aunque se siente poeta, escribir poesía no es una obligación diaria, no es un oficio en el que se debe cumplir un horario: “El escribir poesía –dice– es para mí una manera de entender y de considerar la vida, de acercarme a ella y de confundirme con su sustancia: un ser y un estar”<sup>32</sup>. Así se delata un poeta, así se entiende la poesía y así es *La vida* de Eloy Sánchez Rosillo.

---

<sup>28</sup> *Poética y poesía*, nº 7, Fundación Juan March, 2005, pág. 27.

<sup>29</sup> “Sobre la experiencia”, *La vida*, pág. 52.

<sup>30</sup> “El abismo”, *id.*, pág. 54.

<sup>31</sup> *Poética y poesía*, pág. 25.

<sup>32</sup> *Id.*, pág. 25.